

Dijo; — y de un tremendo puntapié derribó su maniquí, que cayó con espantoso estruendo entre aquella obscuridad de una tarde moribunda.

III

La oración del domingo

Cada domingo que llega en esta tierra, que por cristiana tiene también sus fiestas, cuando el reloj de Notre Dame, que tenemos enfrente, (y del que estamos orgullosos) señala la una en punto, como quien cumple una obligación gratisima, como quien va commovido á la *llar* de sus mayores, nos dirigimos al Louvre los cuatro habitantes españoles de la isla.

Para ello no hay más que bajar á la calle, y allí, como una Venecia, encontrando el propio Sena que no varía de curso, manando agua con una constancia digna de servir de ejemplo, esperamos una *golondrina* al pie mismo de la casa y en ella subimos y damos la señal de marcha.

Ir al Louvre, extasiarse delante de las grandes obras de los artistas que fueron, compenetrar en sus cuadros y en sus mármoles el espíritu que les dió vida, aspirar su aroma, ese especial aroma de noble

engrandecimiento que se desprende de la suprema belleza, es como un culto al recuerdo, como una religión sagrada, como un deber que cumplimos.

Esa fe nos lleva más que el barco, con todo y andar ligero, á alejarnos de la isla y vamos contentos como quien va á una gran fiesta, diciéndoles á los ojos: — hartaos de hermosura ¡ oh, codiciosos! — y diciéndole al corazón: — prepárate á palpar, si aún eres de hombre; que toda creencia en algo superior, toda fe en la sincera creación del arte realizado, en el pensamiento hecho obra, da consuelo al alma del que es creyente, aromatiza su espíritu, llena la mente de bálsamo, y aparta los abrojos y las tristes realidades que brotan en el árido camino de la vida.

El que nos conduce al Louvre, esa vía de agua, aun siendo turbia y mortífera, la vemos clara y transparente estos pobres isleños interinos, porque llevamos por guía la esperanza, porque vamos á ver algo creado, y pensamos que soñar en la belleza que pasa es ya vivificar el corazón del hombre, detener esa belleza y darle forma es obra ya del talento; però crearla de la nada, hacerla brotar de las cenizas ó del fango, darle vida de la sangre y prestarle el pensamiento para perpetuarlo en la tierra, es obra á la que sólo llega el genio, obra de semi-dioses que legan el alma de su vida, encarnados en sus obras milagrosas, y dejan tan sólo á su muerte, que se los lleva codiciosa, un trozo de pobre materia, seca y vacía, de sus prodigiosas obras.

Pero ellas quedan y pronto vamos á ver algunas delante de nuestros ojos. Ellas quedan, y al pensar que á ellas nos acercamos, sentimos lástima verda-

dera de los grandes poderosos de la tierra, de los grandes millonarios y magnates que no están en nuestro barco, y navegan quizás en su buque de temores; ellas son el espléndido regalo con que el arte obsequia al que sabe apreciarlas, ellas subsisten, muerto el genio, como subsiste la luz en el crepúsculo; ellas ven triunfantes pasar y morir las generaciones, y siempre sonrientes, siempre grandiosas, en su augusta indiferencia, contemplan la posteridad que llega y ven pasar los años y los siglos y crecer los devotos de su gloria.

¡ Loadas sean ellas! pensamos, mientras la golondrina deja nuestra isla en lontananza, y permitida nos sea su eterna admiración en la isla y fuera de ella. Ser devoto de algo, en estos tiempos en que la duda y la irreligión invaden los corazones y el malestar se cierne en todas partes como epidemia del alma, es don precioso que hay que conservar como el mayor tesoro; ser devoto del espíritu cuando doquiera triunfa la materia, es arma defensiva contra el brutal ataque del egoísmo que mata todo calor con su contacto glacial; estimar más las obras que los hombres es escudo y muralla contra muchos desengaños. ¡ Loadas sean ellas! pensamos, viendo pasar París á cada lado del Sena, oyendo su voz incansable, contemplando ya el *Hôtel de Ville* con su color de ocre muerto, ya las negras torres de la Conserjería como dos manchas de tinta sobre el cielo, la aguja de Notre Dame bordada de nervios góticos, y, por fin, la masa inmensa del *Louvre*, grande como una ciudad, tierra santa de nuestros sueños, mezquita de peregrinos artistas, arca santa donde el vapor se detiene.

Allí bajamos y hacia el museo subimos, con la fe artística sentida como una religión que nos inspira aquel templo. Al entrar, un instinto parece que nos obliga á descubrirnos; la mirada busca instintivamente la pila del agua bendita de aquella casa sagrada y la voz se estanca en el pecho, comprimida por santo recogimiento.

Callados y siguiendo uno á uno, pasamos el umbral de mármol, entramos en la larga galería llena de clásicas estatuas, guardando aquella entrada; vemos tumbas y sarcófagos por doquiera, dioses y emperadores á quienes cuasi sonreímos como antiguos conocidos y, frente á la gran escalera, estáticos contemplamos adelantarse sobre la blanca nave griega la estatua de la Victoria.

¡ Qué hermosura y qué ruína! Imposible es ver una obra que siendo más mutilada sea más completa al mismo tiempo, que exprese más en menos líneas. A sus pies hacemos la primera plegaria de la tarde... y nuestra oración es un recuerdo al gran pueblo de la Grecia, á los sabios maestros de la forma, á los santos adoradores de sus dioses á quienes hacían sublimemente hermosísimos para amar en su imagen la hermosura. Ante esas obras, la visita se aparta de los pobres hombres modernos, cargados de cráneos linfáticos y raquíticos y se lamenta el pensamiento, y llora el alma aquella civilización augusta hecha de arte y para el arte; ante aquel portento á grandes trazos, achícase el espíritu de vergüenza, siéntese el hombre pequeño, echa de menos un país formado de héroes y, como débil mujer, se busca amparo en aquellos fuertes músculos, sintiéndose el cuerpo enfermizo y el pensamiento

cobarde; ante aquella Victoria, adivínase una derrota y se sigue el camino para cambiar de impresiones delante de los frescos del simbolista Botticelli.

En este altar también rezamos, aunque de diferente modo. Si allí está la fuerza, hállase aquí la armonía; si aquel arte nos dá espanto, éste nos enamora; si aquel gritaba con bravura, sonrío éste con la más dulce sonrisa. Es el uno el arte hombre, con su fuerte complexión inspirada por los dioses, el otro el arte mujer, con sus encantos, besado á flor de labio por el más puro y delicioso arrobamiento; es aquél obra de un cuerpo robusto, lo es éste de un sutilísimo espíritu con delicadezas de místicas sensaciones, con deleites de un corazón virginal, con purezas de un sentimiento exquisito. Las mujeres de Botticelli parecen mujeres pintadas por sí mismas, seres creados en sueños, flores sutiles con alas de mariposa. Débiles como los lirios, adivínase su forma detrás de gasas movidas por la más ligera brisa de un paisaje imperceptible, dóblanse como tallos de palmera y parecen exhalar el aroma de un jardín misterioso.

Ese aroma, que es quizá el del incienso de aquel arte, el cantar sagrado de los salmos del color, el candor seráfico de una pintura sin mácula, lo aspiramos largo rato: sentímonos idealmente enamorados de aquella belleza de rosa de ventanal, y meciéndonos en sueños que nos alejan de la tierra, en líneas que suben como espirales de mirra, en sonoridades de órgano, en vagas y extrañas ideas, nos sentimos más felices, menos ásperos y menos materiales, al entrar en las salas del museo.

Encuétranse primeramente en ellas las obras de Poussin, entre otras, ennegrecidas y oleosas, grandes masas de árboles de dibujo correctamente académico, equilibradas por una composición sabia y fría; los cuadros de Lebrun y Lesueur, negros también y ennoblecidos; los bodegones íntimamente expresados de Chardin; los paisajes ideales de Lorena, grandes entradas de puertos rodeados de fantásticos edificios luminosos, en su tono mayor de octava baja; aquí una galería coronada de estatuas; allí unos pórticos corintios de arquitectura soñada; minarettes del renacimiento al fondo y, en medio al mar rizado, un gran buque fantasma, decorativo, deslizándose, como si tuviera alas, sobre un cielo de aurora, en solemne y grandiosa apotheosis. El conjunto de esas obras es sacerdotal y solemne, callado, de una quietud de frío, y los pocos visitantes de la sala parecen guarecerse en sus abrigos y seguir adelante para entrar en calor, como seguimos nosotros. Entre ellos encontramos, sin embargo, á Watteau, que nos sonrío. El delicado pintor del siglo XVII nos muestra allí su gracia y donosura, sus delicadezas de hombre de un mundo refinado; sus pastoras andando sobre alfombras; vistiendo seda y corriendo por un prado que convida á las dulzuras de la vida y que oculta misteriosas espesuras; sus esquisitas cortesanas, delicadas de tono como hojas de rosa sobre seda de la India, su viaje á Citea, lleno de amores, con la antorcha volando hacia montañas azules, todo un mundo cortesano con las mil y una intrigas de una época aduladora, trazadas por mano que calzó guante y que estudió

de la mujer las medias tintas, las exquisitas tentaciones veladas por el encaje y la seda.

Rezamos allí, quizás tanto los modelos como los mismos cuadros, y admirando de paso á Greuze, á Van-Loo, á Boucher, á Lancret y á tantos hermanos de una misma época, á quienes saludamos pasando, llegamos á la larga galería á visitar con entusiasmo y simpatía á nuestros grandes pintores.

Allí están los mejores, aunque no con lo mejor que crearon. Allí está el gran Velázquez, el más pintor de los pintores, el coloso incomparable, mostrándonos su sobrio Felipe IV, sus dos meninas, sus retratos hechos como por sí mismos, frescos de color como una rosa, nacidos de un solo enérgico trazo, exuberantes y justos, grises de un gris de plata, figuras plantadas sobre la tela por obra de su talento y desesperación de sus crecientes discípulos; allí está Ribera, con el « Entierro de Cristo », « La adoración de los pastores », « El ermitaño » y otros grandes portentos, investigador incansable del dibujo, amante de las sombras y contrastes, pintor de los horribles sufrimientos, analítico espíritu de la carne y de los nervios, de los músculos y de las mismas entrañas del hombre, artista contándonos amargamente las miserias del cuerpo, con la franqueza brutal de la verdad, y encontrando el placer de realista en las ruínas del hombre, como lo halla el romántico en las ruínas del tiempo; allí está Murillo con el « Milagro de San Diego », con el « Nacimiento de la Virgen », con sus vírgenes deslumbrantes, seductor con su color rubio de oro viejo, ortodoxo más que místico soñador, maestro en la armonía de los tonos, elegante del éxtasis, evo-

cador de un cielo espléndido de nubes sonrosadas y violetas, devoto de los ojos mirando á un más allá, naturaleza optimista encontrando en la tierra las bellezas de la gloria; allí está Zurbarán, con los « Funerales de un Obispo » y con « San Pedro Nolasco », pintor tétrico y severo, fúnebre corazón de artista que parece reunir, con los dientes apretados de emoción, la línea característica, la silueta de un cráneo taciturno, las venas y nervios de una mano descarnada, y se complace en el profundo misterio de las cavernas hundidas de los ojos, en las comprimidas sienes, y en el color descompuesto de los muertos; allí Moro con el « Enano de Carlos V », y sus retratos palpitantes, figuras magistrales resucitadas en el lienzo, con la palabra en los labios y el pensamiento en la cabeza, pero con más vida artística que la que en vida tuvieron; allí está Goya, jugando con el color y haciendo brotar armonías y matices con la soltura de un maestro prodigioso; allí están, para honra de la antigua escuela española, contando lo que fuimos y al nivel donde llegamos en tiempos más venturosos.

Delante de ellos rezamos, y rezamos con sentidísima tristeza, al pensar que en España ya no hay artistas de los que valieron tanto, que perdimos el pasado y que miramos con la mayor ignorancia é indiferencia el porvenir, y, delante de nuestros mayores, continuamos la peregrinación dichosa, perdidos en aquellas grandes salas y vergonzosos ante tanta obra maestra.

Cuadros vemos cuyo nombre tan sólo tiene patente de reliquia. Las obras de los pintores holandeses, interiores del norte, íntimos como un secreto,

mates, vibrantes de quietud. Van Ostade, Pieter de Hooch, Terburg, Van der Helst, Van der Meer, y otros no menos famosos; Rembrandt grandioso, con toda la fuerza y el genio de un verdadero coloso; Téniers, con sus características escenas, y otros grandes también, de que no hablo por no pagarles con una sola mirada; luego siguen los retratos: los del Ticiano, los de Rubens, los de Van Dyck, cuya sola citación evoca un recuerdo de gloria; los de Holbein y Clouet, penetrantes observadores de la forma, el retrato de Descartes por Frans Hals; el de Juana de Aragón por Rafael; dos obras buenas entre las buenas, y tantas y tantas otras que espantan y entusiasman á un tiempo; luego, otros cuadros más: Correggio, Veronés, Morales, Guido Reni, Tiépolo y Miguel Angel, que vamos viendo y admirando uno á uno y que nos aturden los sentidos y nos gritan cosas bien dichas, con lenguaje siempre distinto, pero siempre con el lenguaje del talento, y que nos hacen brotar palabras de entusiasmo ó nos inspiran silencios repletos de reflexiones.

Delante del altar de Leonardo de Vinci, nos detenemos largo rato, pensativos. De él puedo decir, y quizás mejor obrara no diciendo otra cosa, que es para mí el artista que tal vez más veneración me ha inspirado. Sus obras son más que obras; son regalo al espíritu y á los ojos, son la emanación de un alma que dió la vida á sus cuadros, pero la vida de la divina sonrisa, de los ojos de gloria, de la íntima expresión del sentimiento. Pintor, escultor, poeta, arquitecto y músico al mismo tiempo, todo lo abarcó aquel genio y en todo dejó trazas de su arte. La

mirada de sus vírgenes tiene algo de la tristeza gris de la tierra y de la alegría azul del cielo, fundida en consorcio indescifrable; miran pidiendo y dando; suplican y atraen, como si su propio corazón estuviera visible en sus pupilas; la sonrisa de sus labios tiene la atracción del beso y el temor de la virtud, con líneas de bondad suprema y pliegues de inocente picardía; adivínase en sus manos el contacto de una mano cariñosa y revelan las frentes modeladas y bruñidas un pensamiento idealmente amoroso, sin pliegues de sufrimiento, ni nieblas de engaños. Su «Gioconda», sobre todo, inspira la confianza de un amigo, de un confesor, de un alma serena y tranquila, á quien confiar los más íntimos secretos que pasan como nubes en la mente; es el sueño del deseo de un artista como Leonardo de Vinci; es la imagen de un espíritu hecho mujer y detenido en la tierra por obra maravillosa, y el paisaje de su fondo es aureola cernida en aquella visión santa, velo del aire que acaricia aquella obra y posa un beso de sombra en sus divinos cabellos.

Un beso sería nuestra oración, si á tanto nos atreviéramos delante de aquella imagen; un beso al arte, silencioso, un beso pidiendo amparo en el camino intrincado de la duda, pero seguimos la visita y llegamos al altar mayor del Louvre, al sagrario pictórico, al espejo del cielo donde están los primitivos.

Ellos son los de la época en que, según nos dice Huysmans, por vez primera y quizás última, el concepto divino fué entrevisto. En los cuadros primitivos el tono de las santas mujeres se vuelve transparente como la carne pascual, y son sus cabellos

pálidos como doradas nubes del más delicioso incienso; hínchase apenas su pecho; son sus frentes redondas como vasos de custodias, estíranse sus dedos, y se lanzan sus cuerpos como delgadas columnas. Su belleza se vuelve una belleza litúrgica, parecen vivir en el fuego de los ventanales góticos, robando á las llamas inflamadas la corona de aureolas, el color azul de sus ojos, las brasas apagadas de sus labios, y guardando, para con sus trajes, los colores despreciados á sus carnes, despojándolas de reflejos, apagándolas, para llevar toda la luz á las telas del ropaje, con tonos callados y opacos, que ayudan, por su contraste, á poner en relieve la seráfica luz de la mirada, el doliente candor de la boca que perfuma, el sabor de lirio de los cánticos ó el penitencial olor de mirra de los salmos. Humildes pintores del claustro, los pintores primitivos son como almas sin carne, como espíritus alados, trabajando en sus códices de fe, despreciando los hombres y cumpliendo una misión; son poetas del cielo que esperan en la tierra trabajando y dejándonos sus obras por olvido, al remontarse á la Gloria, y allí, en el Louvre, las vemos unas al lado de otras; la de Fra Filippo Lippi, Gaddi, Giotto, Cimabue y Guirlandajo, de la escuela florentina; las de Van Dyck, Memling, Mantegna y Lorenzo de Credi, todo unidos en un haz de misticismo; allí están presididos por el Santo Beato Angélico con su « Coronación de la Virgen »: delicadeza sublime, obra pintada por ángeles, retablo nacido en éxtasis, que nos eleva el pensamiento á las regiones de una vaguedad sin límites y nos aleja del mundo de los hombres.

Pasamos, por fin, al salón de los pintores modernos, y allí hacemos la plegaria al Porvenir, y todo el camino que el arte moderno ha seguido lo seguimos guiados por los pasos de las obras, que cual mojonos de esa peregrinación que hacemos, señalan los adelantos. Vemos á David y le vemos rompiendo lanzas con sus pasados, glacial en su clásico dibujo; vemos á Delacroix y lo admiramos, y lo sentimos exuberante de fuerza, potente de imaginación, romántico y vigoroso; con Courbet asistimos á la aurora del aire libre que empieza á deslizarse en los cuadros; en pleno aire de campo encontramos á Millet y se nos muestra Corot como maestro del paisaje, habilísimo en retener en la tela las sútiles transparencias de la atmósfera, como precursor espléndido de las glorias de más tarde.

Tarde es ya, cuando salimos de aquella oración del domingo, cansado el cuerpo, pero más conmovido el espíritu, y seguimos al lado del Sena, pensativos, aturdidos de aquel mundo que hemos visto, é intrigados del mundo que ha de venir. ¡Quién sabe, nos preguntamos andando, si á los hombres de hoy nos faltan ideales; si andamos sin fe, hacia un porvenir incierto; si la ciencia mata al arte y la civilización lo empequeñece! No importa, nos decimos, para darnos esperanza — sea cual fuere el camino (si él es bueno) hay que seguir adelante, ya que el mundo no puede retroceder... Y contentos de este consuelo interino y de haber santificado la fiesta, llegamos á nuestra dichosa isla.